

Uruguay: el múltiple crimen y la unidad antidictatorial



EL DOCTOR Samuel Lichtensztein, ex rector de la Universidad de Montevideo, al hablar ayer en el acto organizado por el Comité de Solidaridad con Uruguay (COSUR) en homenaje a Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz, Rosario Barredo y William Whitelaw. (Foto Guillermo PELÁEZ).

por Federico FASANO MERTENS

En vibrante y emotivo, pero por sobre todo, reflexivo acto, la colonia uruguaya en México, reafirmó en la noche de ayer en la sede del Colegio de Economistas, el legado político de unidad y lucha de los cuatro mártires asesinados en un único operativo en la ciudad de Buenos Aires el 20 de mayo de 1973: Zelmar Michelini, senador y ex ministro de Industrias, Héctor Gutiérrez Ruiz, ex presidente de la Cámara de Diputados y los militantes antidictatoriales Rosario Barredo y Willy Whitelaw.

Las características de este encuentro convocado por el Comité de Solidaridad con Uruguay (COSUR) excedieron el marco del homenaje que todos los años la diáspora uruguaya en forma pública, y su pueblo prisionero en forma clandestina, realizan en memoria de los cuatro héroes suplicados.

En esta oportunidad, fue privilegiado, con razón, el rescate de las ideas y el contenido del testamento de unidad en la diversidad, escrito con la sangre de estos formidables ejemplares humanos que los déspotas robaron al pueblo uruguayo y a América Latina toda.

La intervención de Samuel Lichtensztein, último rector legítimo de una universidad uruguaya que otrora fuera ejemplo científico y cultural del continente y hoy exhibe sus ruinas, demolida por la aplicación de una concertada política contra la inteligencia, tuvo el mérito de apelar más a la reflexión y al análisis que a las emociones contenidas, de una colonia en duelo.

Lichtensztein, quien habló en nombre del COSUR, no dudó en responsabilizar del múltiple crimen a la concertación represiva en nuestras regiones. No adhirió a la tesis de las dictaduras buenas y dictaduras malas y probó que la solidaridad del despotismo no se detuvo ni ante el obstáculo más precioso: la vida humana.

La sentencia de muerte fue dictada por las fuerzas armadas uruguayas y ejecutada por el instituto castrense argentino, como queda probado por la existencia de un acta secreta en poder del almirante argentino Emilio Massera, donde constan los detalles del pacto de sangre y cuya revelación concretáramos en las últimas 48 horas en la ciudad de México.

El eje central de la intervención del ex rector giró en torno a la unidad dialéctica que hermanaron tanto en la vida como en la muerte a los cuatro ciudadanos ejecutados.

La unidad no residía en la circunstancia factual de la tragedia colectiva sino en las ideas por las que murieron, y en este plano, Lichtensztein las expresó directamente: los unió la lucha por la democracia política y la democracia económica. Fueron dirigentes de orígenes muy diversos y plurales como son la burguesía nacional, la izquierda legal y la guerrilla clandestina, y sin embargo pudieron encontrarse en las raíces vernáculas de una democracia política y económica enfrentada a la estructura transnacional y monopólica de poder.

De esta manera y con madurez política se profundizaron en torno a los cuatro mártires de Buenos Aires, las ideas fuerza de la unidad antidictatorial para derrotar la autocracia.

Seguidamente reproducimos los principales conceptos del rector Samuel Lichtensztein en el acto unitario del COSUR. He aquí sus afirmaciones:

"Hay fechas de conmemoración que exaltan compromisos de lucha y que estimulan la reflexión. Eso ocurre con los uruguayos que dentro y fuera de nuestro país recuerdan que hace cinco largos años, Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez

Ruiz, relevantes figuras políticas, y dos militantes, Rosario Barredo y Willy Whitelaw, fueron asesinados en la Argentina. Ambas dictaduras, la uruguaya y la argentina, provocaron ese desenlace en una macabra decisión colectiva. No fue un acto sino un proceso con su respectiva sentencia.

Ya sabemos sus víctimas inmediatas. Pero, además de la desaparición física de dirigentes de la estatura de Zelmar y el Toba, o el escarmiento de militantes, ¿contra qué esos regímenes disparaban? Sin lugar a dudas, dispararon contra una causa que fue herida por la pérdida de queridos compañeros, pero que no murió: la causa de la lucha contra la dictadura militar uruguaya, o sea la misma causa de aquellos que por oponerse a ella desde un comienzo han perdido muchos de sus derechos, su libertad o su vida.

La causa antidictatorial que, con distintas ideologías y trayectorias, los cuatro mártires simbolizan, expresa una voluntad común. Y como el hombre que marcha erguido y seguro, esa voluntad nacional camina sobre dos puntales. Uno, de recuperación de valores democráticos y, el otro, de transformación de estructuras económicas. El primer objetivo nos une a las mejores tradiciones que el país supo edificar a partir del ideario artiguista y que están presentes en la conciencia y en el ser del pueblo uruguayo. El segundo objetivo nos remite al futuro; al logro de un proyecto de democracia económica nacional capaz de romper las trabas que han impedido, y hoy más que nunca, impiden un desarrollo pleno con justicia social.

La resistencia al despotismo, a la violencia y al terror ejercido desde el poder no sólo es una lucha justa sino legítima de los pueblos. Es la reivindicación por disponer de su destino nacional, ni más ni menos.

Nuestra constitución como nación, precisamente, se basó en principios que en el campo político e ideológico se asociaron cada vez más a la libertad, a la participación y a la tolerancia. Nuestro Estado de derecho fue acuñando esos valores. No fue una concesión gratuita. Se obtuvo con la lucha, el convencimiento y el apoyo de las grandes mayorías.

La dictadura vigente trató de podar ese árbol de la vida política uruguaya. El principio de la soberanía popular fue sustituido por el poder de los mandos militares, Partidos Parlamento, sindicatos, autonomía universitaria y otras instituciones, o sea, todas las formas de pluralidad y de confrontación de ideas, hasta las más elementales, fueron reprimidas. ¿Hasta dónde el adoctrinamiento, la desinformación, el terror, la soberbia de una supuesta omnipotencia, podían imponer su lógica fascista? Sin intercambio abierto de opiniones, sin otro indicador que las versiones fragmentadas o las intuiciones, esas preguntas no tenían respuestas categóricas, pero si una confianza en las vigorosas raíces democráticas de nuestro pueblo.

El NO a la dictadura que una gran mayoría pronunció el 30 de noviembre de 1980, ha sido el más grande homenaje que se ha hecho a los mártires y a su mensaje del 20 de mayo. Por una parte, porque fue un NO que sonó a himno nacional e hizo temblar a la dictadura. Porque además fue un NO que inflamó el orgullo de los uruguayos y compañeros solidarios de todo el mundo. En fin, porque fue un NO que incitó a reclamar que más y más uruguayos apoyen con su esfuerzo la causa contra la dictadura.

Como se indicó antes, la democracia encierra en el caso uruguayo también, una necesidad de concebir cambios de estructuras y de políticas económicas aptas para asumir el compromiso de afirmar la nación en el futuro. La democracia política y la democracia económica son partes inseparables de una lucha por aumentar la autonomía de decisión del país ante fuerzas que llegado el caso, y la presente crisis internacional lo demuestra, subordinan la soberanía de los países al logro de sus intereses particulares.

En el caso uruguayo, en el curso de los últimos años de la década del 60, pero en forma desatada desde 1973 al presente, una oligarquía financiera de fuertes vínculos con poderosos grupos económicos, en diversos sectores, ha asumido un papel directriz en las definiciones de la política de la dictadura. No es casual que ese reducido pero poderoso bloque de poder sea simultáneamente el más internacionalizado y por lo mismo el más desinteresado por los problemas de nacionalización económica por el empobrecimiento de la clase trabajadora y por la quiebra y absorción de productores medianos y pequeños. Por el contrario, su poder se acrecienta cuanto más se acentúan los procesos anteriores.

Una especie de imperialismo financiero que en la actualidad privilegia sus ganancias usurarias y especulativas como salida a la crisis del sistema económico internacional, tiene su contraparte uruguaya. Y ésta ordena cada vez más monopólicamente el control productivo y de financiamiento en el espacio interno. Su compromiso está con la dictadura y no con la democracia y con las mayorías nacionales. Por lo mismo, reestructurar y volcar ese poder a que cumpla con necesidades esenciales de la sociedad, es la otra tarea que el 20 de mayo nos impulsa también a asumir y que no hay que olvidar.

Con esta unidad de propósitos es que como comité de solidaridad con Uruguay nos reunimos los uruguayos en México para recordar a los mártires y su mensaje del 20 de mayo. Y para manifestar nuestro total apoyo al acto de la Convergencia Democrática del Uruguay el próximo 25 de mayo, en su afán de concitar la máxima solidaridad internacional contra la dictadura".